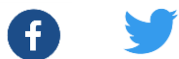


## Un asunto interno: La derrota del peronismo en las elecciones argentinas de 1983



Joaquín Baeza Belda\*

---

### Nota del Consejo Editorial



**Recepción:** 16 de agosto de 2016.

**Revisión, corrección y aprobación:** 7 de marzo de 2017.

**Resumen:** Las elecciones de 1983 en Argentina fueron las primeras que se celebraron tras la dictadura conocida como *Proceso de Reorganización Nacional*, poniendo fin a un ciclo de golpes militares que se sucedía desde 1930 y abriendo un periodo democrático que llega hasta hoy. Su resultado, con la primera derrota electoral del peronismo, supuso asimismo una sorpresa para un partido que se concebía como el representante del pueblo argentino. Sin embargo, existían causas concretas para entender ese desenlace. Sin descartar otras razones como una campaña mal enfocada o los múltiples cambios introducidos tras siete años de dictadura, en este artículo se subraya la importancia de los factores internos partidarios en el justicialismo. En ese sentido, una desordenada reorganización y selección de candidatos, en la que primaron los métodos informales e incluso violentos, tuvo también una gran importancia para explicar el resultado adverso del justicialismo. Desde una perspectiva histórica y usando principalmente fuentes periodísticas, en este trabajo se exponen también cuestiones como la relación entre el nivel nacional y el provincial y las dificultades que atraviesa un partido personalista tras la muerte de su líder.

**Palabras clave:** Ideologías políticas / Liderazgo político / Partido Justicialista / Organización del partido político / Estrategias electorales / Candidaturas / Conflicto interno / Argentina.

**Abstract:** The 1983 elections in Argentina were the first ones to take place after the dictatorship. The period following this dictatorship was known as "Process of National Reorganization", which ended a cycle of military coups that had been happening since 1930 and it also opened a democratic period still in effect today. The result, with the first electoral defeat of Peronism, came as a surprise for a party believed to be the representative of the Argentine people. Nonetheless, there were concrete causes that can explain this outcome. Without dismissing other reasons such as a poorly focused campaign or the multiple changes introduced after seven years of dictatorship, this article outlines the importance of internal party factors in justicialism. In this regard, a disorganized reorganization and selection of candidates in which informal, even violent, methods prevailed had also great relevance to explain the adverse outcome of judicialism. From a historical perspective and using mainly journalistic sources, this work addresses issues such as the relationship between the national and the provincial level and the difficulties of a personalist party after the death of its leader.

**Key Words:** Political ideologies / Political leadership / Justicialist party / Organization of the political party / Electoral strategies / Candidacies / Internal conflict / Argentina.

---

\* Español, historiador, correo [baeza@usal.es](mailto:baeza@usal.es). *Licenciado en Historia* por la Universidad de Salamanca. Máster en Estudios Latinoamericanos del Instituto de Iberoamérica de la Universidad de Salamanca (2003-2005). Doctor en Fundamentos de la investigación histórica de la Universidad de Salamanca. Investigador del Área de Historia de América de la Universidad de Salamanca.

## 1. INTRODUCCIÓN

Las elecciones de 1983 suponen un momento de corte en la historia de Argentina, ya que fueron las primeras votaciones que se celebraron tras la dictadura iniciada en 1976. En un país que sufrió un continuo ciclo de golpes e interrupciones militares desde 1930<sup>1</sup>, los comicios de 1983 abrieron un periodo de democracia que se extiende hasta la actualidad; lo que resulta más sorprendente si se tiene en cuenta que la mencionada última dictadura supuso un cambio en el grado de represión y en los objetivos perseguidos por los militares. En efecto, el autodenominado *Proceso de Reorganización Militar* trató de crear un nuevo orden en el que los viejos partidos políticos no tendrían cabida y en el que las Fuerzas Armadas conservarían un poder decisivo, cuando no total.

Las profundas divisiones intramilitares (Canelo, 2008) y el desastroso desempeño en la Guerra de Malvinas provocaron, sin embargo, que los uniformados tuvieran que abandonar el poder y entregarlo a los civiles tras las elecciones de octubre de 1983. Pese a que ello ya otorga a estos comicios un carácter de momento refundante para la historia de la democracia argentina, las citadas elecciones arrojaron además un resultado inesperado, ya que, por primera vez, el peronismo cayó derrotado en unas elecciones presidenciales libres<sup>2</sup>.

Como no podía ser de otra forma, este resultado provocó un auténtico terremoto al interior de una formación política<sup>3</sup> que durante casi cuatro décadas había asumido el mito de su invencibilidad electoral y la premisa de que representaba a la totalidad del pueblo argentino. Así, tras haber cosechado un 62% de los votos en las presidenciales de septiembre de 1973, el 40% obtenido diez años más tarde, sin suponer numéricamente una debacle, desató una fuerte crisis de identidad en el peronismo que sólo se resolvió, y de manera parcial, seis años después, con la victoria del candidato Carlos Menem en 1989.

---

<sup>1</sup> Desde 1930 hasta 1983 se sucedieron en Argentina hasta seis golpes militares exitosos, sin contar otros intentos infructuosos y otras formas de presión sobre el poder civil.

<sup>2</sup> La insistencia en que las elecciones fueran libres no resulta arbitraria: entre 1955 y 1973, las Fuerzas Armadas argentinas impidieron que el peronismo pudiera participar en cualquier actividad política. Más allá de ello, por supuesto, el peronismo había sido derrotado previamente a 1983 en varias elecciones subnacionales.

<sup>3</sup> Si bien en este trabajo clasificaremos al peronismo, también conocido como justicialismo, como un partido político, tal caracterización resulta en ocasiones problemática. Principalmente, porque el peronismo siempre se consideró a sí mismo como un movimiento político mucho más abarcador, desde su punto de vista, que un simple partido. En ese sentido, al menos hasta 1983, el partido fue considerado como una simple herramienta electoral, pese a que varios trabajos han demostrado su importancia desde el origen del justicialismo (Mackinnon, 2002).

Desde el punto de vista peronista, por tanto, las elecciones de 1983 son también un momento refundante. Más allá de la decepción de la derrota, si bien el justicialismo que llegó al final de la dictadura conservaba muchas inercias del pasado, muchas cosas habían cambiado desde la gran victoria electoral de una década atrás. Por una parte, por primera vez, el justicialismo se presentó a unos comicios sin la guía de quien había sido su fundador y gran líder, Juan Domingo Perón, fallecido en 1974. Por supuesto, este hecho repercutió enormemente en el funcionamiento de una institución acostumbrada al acatamiento de la decisión final de su líder, haciendo que el partido, en un proceso desordenado y rápido, tuviera que asumir una serie de normas y protocolos (no necesariamente explícitos y formales) para resolver cuestiones tan claves como la selección de sus candidatos.

Por otra parte, la represión militar se cebó tanto con los militantes de base como con las elites del partido, afectando a muchas redes y estructuras que fue imposible reconstruir en su totalidad durante la transición a la democracia. Al mismo tiempo, los cambios socioeconómicos introducidos por los militares, con un claro sesgo neoliberal, afectaron al tradicional caladero de votos peronista que bebía principalmente de los sectores obreros organizados. De esa manera, los comicios de 1983 suponen el momento de inicio de un periodo de profundo debate introspectivo en el justicialismo, en el que se analizaron las causas de la derrota electoral y se trató de adaptar el partido a las nuevas condiciones del contexto democrático con la aparición de una nueva línea interna conocida como la Renovación peronista.

Siguiendo esa línea, en este trabajo pretendemos acercarnos también a las razones que explican ese inédito resultado electoral. Sin descartar la importancia de los cambios que ya hemos mencionado y los numerosos errores en la planificación de la campaña que, por supuesto, tuvieron una incidencia fundamental, queremos subrayar, sin embargo, la importancia de los factores internos en el partido. Exploraremos así cómo el justicialismo trató de reorganizarse sin su líder y tras siete años de una dictadura que prohibió las actividades políticas, evaluando de qué manera esos cambios incidieron en el posterior desempeño electoral. En ese sentido, nuestra intención será averiguar hasta qué punto el peronismo fue fiel a sus propias normas o si, por el contrario, las prácticas informales se impusieron en las decisiones. Al mismo tiempo, buscamos evaluar si todas las tensiones abiertas durante la lucha interna por la reorganización afectaron negativamente el funcionamiento del partido y la imagen que ofrecía a la sociedad.

Más allá de este objetivo principal de examinar el impacto de los factores internos y partidarios en la derrota electoral, acercarnos a este capítulo aporta, asimismo, varias claves sobre la transición a la democracia argentina y sobre cómo se procesaron las heridas abiertas por la dictadura. Al mismo tiempo, pretendemos arrojar algo de luz para comprender un fenómeno tan complejo como es el peronista, protagonista principal de las citas electorales en Argentina anterior y posteriormente a estas. Su escasa atención por la rutinización de normas (Levitsky, 2005) y por la definición ideológica hacen además del peronismo un interesante banco de pruebas para observar cómo un partido afronta una campaña electoral.

Con ello en mente, en el presente artículo, desde una perspectiva histórica, trazaremos un panorama de la situación y las principales tendencias que se daban en el peronismo a la altura de 1983 y estudiaremos cómo se produjo la reorganización partidaria y la selección del candidato presidencial, prestando atención también a la relación entre el nivel nacional y el provincial.

## **2. LÍNEAS Y PROTAGONISTAS DEL PERONISMO DE LA TRANSICIÓN**

El peronismo, al igual que el resto de partidos, sufrió los rigores de una dictadura que prohibió toda actividad política y que tuvo el objetivo declarado de crear un nuevo orden en el que las antiguas formaciones, asimiladas con el populismo, ya no tendrían cabida. Si bien el peronismo sobrevivió a un panorama tan poco halagüeño, lo que habla de la fortaleza de su identidad política (Tcach, 1996), la travesía por el *Proceso* se cobró un coste muy elevado tanto en vidas como en la estructura de la organización.

A todo ello se unían las heridas todavía abiertas durante el gobierno justicialista entre 1973 y 1976, cuando se desarrolló una violenta lucha interna en el partido, en la que desde el mismo Ejecutivo se fomentó la creación de grupos paramilitares como la Triple A. La ausencia desde julio de 1974 de Perón, el verdadero único punto de unión entre grupos que podían llegar incluso al límite del antagonismo, no hizo más que dificultar la llegada de la paz en el peronismo cuya búsqueda se vio congelada tras el golpe de 1976.

No extraña, por tanto, que el justicialismo llegara a finales de 1982, cuando ya era inevitable la retirada de los militares del poder, en una situación de gran división y sin unas reglas consensuadas sobre cómo

resolver el problema de su atomización. Existía así un vasto número de líneas y tendencias, no necesariamente separadas por criterios ideológicos, divisiones en bandos con criterios más periodísticos que reales y teóricos líderes con escaso poder efectivo.

El partido estaba encabezado oficialmente por la expresidenta de la Nación, Isabel Perón, que ejercía el cargo de presidenta del partido. Esta, sin embargo, tras haber pasado varios años en prisión durante la dictadura, se había retirado a Madrid, donde daba cada vez mayores muestras de su desafección por la política. Pese a ese desapego, la amplia mayoría de los dirigentes peronistas se situaba dentro del campo que se conoció como verticalista, acatando el liderazgo honorífico de la viuda del fundador del partido, pero despojándolo de cualquier poder efectivo. Sólo una minoría, la de los llamados ultraverticalistas se encolumnaba decididamente tras Isabel, pero apenas tendrían significación por su pequeño tamaño y por sus continuas luchas internas.

Con Isabel alejada en España y con un rol sumamente pasivo, fue el vicepresidente partidario, Deolindo Bittel, quien asumió la dirección ejecutiva del peronismo. Pese a ello, la participación del chaqueño era discutida por varios sectores que dudaban de la legitimidad de su cargo, prorrogado por los militares desde el momento del golpe. Bittel podía, en cambio, presumir del sostén del llamado Movimiento de Unidad, Solidaridad y Organización (MUSO), una de las líneas internas con más influencia en ese momento, caracterizada por representar a la ortodoxia del peronismo y por una oposición moderada a la dictadura. Pero incluso ahí, la posición de Bittel resultaba un tanto ambigua. Por una parte, como vicepresidente del partido debía mostrarse equidistante en la puja por el poder interno y la candidatura presidencial. Por otra parte, el MUSO contaba con una dirección bicéfala, en la que también destacaba el liderazgo de Antonio Cafiero, uno de los máximos aspirantes a la presidencia de la Nación. Pese a la buena relación entre ambos líderes, esa doble apuesta conllevaría más de una polémica entre los partidarios de una y otra agrupación.

Cercano a ellos y también dentro del espacio del verticalismo, pero actuando como un verso libre, se situaba Ítalo Luder. El antiguo presidente provisional mantenía una imagen pulcra y seria que podía resultar muy atractiva electoralmente para los sectores medios no peronistas. Dentro del juego de tronos peronista, la estrategia de Luder pasaba por mostrarse equidistante, manteniendo un perfil bajo para

ofrecerse al final del proceso como solución de compromiso entre las distintas líneas.

En un teórico extremo opuesto, otra minoría se asumía como antiverticalista no acatando la autoridad de Isabel y Bittel y buscando la reorganización del partido sobre nuevas bases. Paradójicamente, pese a su reclamo de una mayor democratización interna del partido, asumían las posiciones más conservadoras del justicialismo, mostrando incluso buenas relaciones con los militares. Liderados desde líneas independientes por Raúl Matera y Ángel Robledo, los antiverticalistas se moverían en un espacio marginal, si bien mostraron cierta fuerza en distritos como Santa Fe.

Dentro de la constelación justicialista existían, asimismo, otras agrupaciones que no se situaban en el clivaje verticalismo/antiverticalismo. Las posiciones más duras con la dictadura eran asumidas, por ejemplo, por la línea Intransigencia y Movilización, significativamente encabezada por el cacique catamarqueño Vicente Saadi, que trataba de reagrupar los vestigios del duramente reprimido peronismo revolucionario. Al otro lado del espectro ideológico se situaban otras pequeñas líneas como Guardia de Hierro y figuras como la de Julio Romero, político que disfrutaba de buenas relaciones con el expresidente militar Leopoldo Galtieri.

Sin embargo, más allá de todas estas líneas y tendencias, el verdadero factótum del justicialismo en ese momento era el sindicalista metalúrgico Lorenzo Miguel y las llamadas 62 Organizaciones, el brazo político del gremialismo peronista ortodoxo. A primera vista, puede resultar sorprendente ese control del partido por parte de los sindicatos, pero no lo es tanto si tenemos en cuenta la estrecha relación que ambas esferas mantuvieron desde la propia formación del peronismo. Durante la proscripción política del justicialismo, entre 1955 y 1973, serían los sindicatos los que mantuvieron viva la identidad peronista, adquiriendo un poder que sólo encontraba freno en la palabra de Perón (James, 1997).

Tras la muerte del líder, en medio de un grave conflicto interno a varias bandas, Miguel y sus aliados disfrutaron de un pico de poder bruscamente interrumpido por el golpe militar de 1976. Después de su puesta en libertad, Miguel se lanzaría a la tarea de recuperar su lugar privilegiado en el organigrama peronista. En realidad, tras la división del sindicalismo peronista que a grandes rasgos también reprodujo el clivaje verticalista/antiverticalista, y tras la intervención militar de los principales gremios, el poder de Miguel bebía más de su arraigo que de su situación

en ese momento. Incluso así, sin embargo, dada la alta fragmentación que presentaba el ala política del justicialismo, Miguel se convirtió en el gran elector de la reorganización del partido y pocos movimientos importantes se realizaron sin su aprobación.

Por lo tanto, tenemos, en las vísperas de la cita electoral de 1983, a un peronismo que había sobrevivido a la dictadura, pero al precio de haber agravado la crisis de liderazgo y la fuerte división que había congelado el golpe. Las fallas que atravesaban al justicialismo eran muy numerosas y operaban en distintos planos cruzados. Existían, por el contrario, escasas normas y pocos líderes con el suficiente prestigio y consenso para tratar de ordenar este caos. La división entre verticalistas y antiverticalistas, pese a su importancia en la prensa de la época, resultaba más aparente que real, dada la marginalidad de los explícitos opositores a Isabel y la escasa preocupación de esta por llevar las riendas del partido. En realidad, más allá de todos estos posicionamientos, lo que estaba en juego en esta carrera por la reorganización era la ambición personal de una serie de figuras con escasa diferenciación ideológica entre ellas. Tras ellos, en un segundo plano, pero con las verdaderas cartas de poder en la mano, se hallaban Miguel y sus sindicalistas que, sobrepasando sus funciones gremiales específicas, actuaban de hecho como una línea política más.

### **3. UNA COMPLEJA LUCHA INTERNA**

“La interna peronista es un rompecabezas, pero llegado el momento de ir a las urnas se armará fácilmente y sin sobrar piezas”, afirmaba una figura del peronismo en los albores de lo que sería la lucha por la elección del candidato presidencial (*Somos*, 1982). Al menos eso es lo que había ocurrido hasta entonces, ya que, a pesar de todos los problemas que se atravesaron en campañas anteriores, siempre había primado el sentido de unidad en el último momento. A ello había contribuido, naturalmente, la voz de Perón que bastaba por sí misma para resolver cualquier conflicto<sup>4</sup>. No obstante, en esa unidad justicialista había pesado también el frío cálculo de que el porvenir político resultaba mucho menos halagüeño lejos del calor del partido.

---

<sup>4</sup> Como se insinúa en esta frase, el control de Perón sobre su movimiento estaba lejos de ser omnímodo y los conflictos por las candidaturas y otras cuestiones solían ser frecuentes. Sin embargo, su palabra solía ser siempre acatada en última instancia, aunque fuera como último recurso. Así sucedió, por ejemplo, durante la selección de la candidatura presidencial peronista de las primeras elecciones de 1973, en las que Perón tenía vetada la participación. Pese a la fuerte oposición de los sindicatos, el líder optó por una figura de su confianza como Héctor Cámpora quien finalmente sería el candidato del partido.

Pese a esa confianza y esos buenos precedentes, la interna se antojaba dura y, sobre todo, prolongada. A pocas semanas de los comicios, por ejemplo, todavía no se sabía quiénes serían los ganadores de la carrera por la fórmula presidencial, mientras que, por el contrario, la campaña de la Unión Cívica Radical, el principal rival, llevaba ya tiempo lanzada. Si por una parte existían incentivos para no abandonar la nave peronista, el problema de la tardanza en la reorganización estaba relacionado con el mito de la invencibilidad electoral del partido y con la dificultad de resolver un problema en el que el premio final, casi seguramente, resultaba tan jugoso como la presidencia de la Nación.

De acuerdo con las normas del partido, debía ser el Congreso nacional peronista el encargado de ungir finalmente la fórmula. Según este esquema, la reorganización del partido se realizaría a partir de las elecciones primarias en cada distrito provincial, en las que se seleccionaría a los delegados que acudirían al congreso provincial quienes, a su vez, designaban a los congresistas nacionales. No obstante, detrás de este teóricamente impecable ejercicio de democracia interna se encerraban varias lagunas que volvían más complejo e impredecible el sistema. En primer lugar, los congresistas nacionales, de por sí elegidos indirectamente, no estaban obligados a votar al candidato preferido por sus bases y tenían libertad de acción para llegar a otro tipo de acuerdos. Ello, obviamente, daba pie a posibles presiones por parte, de la conducción del partido o de los grupos más poderosos. En segundo lugar, existía también la amenaza de que todas las reglas de selección cambiaran si el propio Congreso, con el número de votos suficiente, decidía hacerlo. Y, como finalmente se comprobó, podía ocurrir que el Congreso sólo certificara una decisión tomada previamente por los electores *de facto* del partido, algo que en la tradición informal del justicialismo se antojaba como muy probable.

Siguiendo este esquema, a partir de mediados de 1983 comenzaron a realizarse elecciones internas en todos los distritos provinciales del partido peronista. Estas elecciones primarias serían claves desde diversos puntos de vista: por supuesto, cada una de ellas tenía importancia a nivel interno, despejando la compleja situación que se daba en cada una de las provincias<sup>5</sup>. Al mismo tiempo, serían útiles para demostrar, con el número de votos en la mano, el escaso apoyo de precandidatos como Matera,

---

<sup>5</sup> En la provincia de Mendoza, por ilustrar una situación muy habitual, fueron 17 las líneas que empezaron la competición por el control del distrito (*Clarín*, 27/4/1983). Como muestra de la simplificación que derivó de esta lucha interna, fruto de varias alianzas y relegaciones, serían seis las listas que se presentaron a las elecciones primarias, con sólo dos de ellas con verdaderas aspiraciones de victoria.



Robledo, Romero o Saadi que de otra forma podrían haber seguido presumiendo de la legitimidad de sus apoyos. Casos como el de la Capital Federal, por su parte, donde Miguel y las 62 Organizaciones coparon prácticamente la totalidad de las candidaturas obviando los acuerdos previos con otras líneas, ilustraron asimismo la preponderancia del peso del sindicalismo sobre el resultado final.

Sin embargo, más allá de las citadas, eran pocas las conclusiones que se podían extraer de esta ronda de elecciones previas. En primer lugar, como hemos mencionado, porque la traducción de sus resultados a la política nacional no siempre seguía un camino claro y directo. En segundo lugar, faltaba además por descifrarse el resultado de la interna en la provincia de Buenos Aires cuyo tortuoso desarrollo estuvo a punto de comprometer el Congreso nacional del partido. No se debe olvidar, por ejemplo, que, lejos de una representación federal homogénea, cada provincia enviaba un número de delegados relacionado con su número de afiliados. Así, si La Rioja enviaba a siete representantes al cónclave, Buenos Aires mandaba más de 200.

El caso de la provincia de Buenos Aires, que estudiaremos en el siguiente apartado, retrata así a la perfección los vasos comunicantes que existían entre la política nacional y la provincial. Asimismo, el desenlace de estas dos tramas imbricadas, la nacional y la bonaerense demostraron lo lejana que se mantuvo siempre una solución formal y prevista en las reglas.

#### **4. LA IMPORTANCIA DE LO INFORMAL Y LO PROVINCIAL**

Como ya hemos repetido, el justicialismo no contaba en 1983 con el dedo de Perón para tomar la decisión final de quién debía ser el candidato presidencial del partido. Esta situación, tan confusa para un partido que había nacido como herramienta electoral de un líder, abría inéditas oportunidades que los mejor posicionados en la coyuntura se encargarían de aprovechar a su favor. Aunque existían reglas para dilucidar este proceso, como vimos en el apartado anterior, era complicado que un partido que hasta ese momento había prestado escasa atención a los aspectos legales y formales de repente asumiera un profundo respeto por el cumplimiento de sus reglas. Como relataba Deolindo Bittel, en agosto de 1983, anticipando lo que ocurriría en el Congreso: "como en cualquier institución humana a donde va a haber 600 o más congresales, no vamos a ir crudos", "es muy difícil que haya votación", porque "va a haber acuerdo" (*El Litoral*, 18/8/1983). Dicho acuerdo se lograría a partir de varias reuniones entre los principales barones del partido (Miguel, Bittel,

Luder, Cafiero e Iglesias, entre otros), en las que se debatieron las dos cuestiones claves que quedaban por resolverse: la composición de la fórmula presidencial y la resolución del problema en Buenos Aires, donde Cafiero e Iglesias protagonizaban una dura lucha por la candidatura de la gobernación.

Desde junio, con las internas provinciales ya lanzadas, se fueron sucediendo varias cumbres informales entre los principales líderes justicialistas. A principios de agosto empezó a cuajar ya un acuerdo entre Luder y Bittel para presentar una fórmula conjunta y se empezaba a deslizar un plan para que Cafiero resignase sus aspiraciones presidenciales y se lanzara hacia la importante gobernación bonaerense. Sin embargo, este esquema aparentemente sencillo y en el que las distintas partes podían obtener un beneficio contaba con varios problemas. El primero de ellos pasaba por el hecho de que la gobernación de Buenos Aires resultaba tan atractiva que figuras como Herminio Iglesias no estaban dispuestas a resignar sus aspiraciones sobre ellas.

Complicando la situación, Cafiero tampoco parecía muy dispuesto a renunciar a la presidencia. Sin embargo, lo verdaderamente interesante de este enfrentamiento pasa por el hecho de que, más que una lucha entre concepciones ideológicas, lo que predominaba era una descarnada puja por acceder a los mejores puestos de las listas electorales. Por supuesto, entre ambas figuras existían discrepancias políticas y, sobre todo, distintos estilos, pero la volatilidad de los apoyos y alianzas subrayaba la imagen de que el principal juego pasaba por la acumulación de poder.

Una nueva reunión, el 22 de mayo, en el teatro Lola Membrives de la Capital, trató de dar una solución definitiva al problema en el que estaba encallado el peronismo. Allí, los cinco principales líderes del justicialismo negociaron una salida que satisficiera a todos, en una sesión no carente de tensión (*El Bimestre*, 10, 23/8/1983). Si la intención de la cumbre pasaba por alcanzar ese acuerdo consensuado, el desenlace resultó un fracaso, pero al menos, la reunión sirvió para demostrar que las aspiraciones de Cafiero a la presidencia eran nulas y que la fórmula Luder-Bittel era un hecho.

Sería, por tanto, el congreso peronista bonaerense el lugar donde se resolvería si el segundo líder del MUSO podía contentarse con el premio menor de la gobernación o si, por el contrario, debería ceder también ante Iglesias. El cónclave; no obstante, demostró una vez más que el peronismo albergaba todavía muchas prácticas que lo alejaban de ser una

institución con democracia interna y que, todo lo contrario, muchos de sus conflictos internos se resolvían de manera violenta.

En efecto, el congreso bonaerense degeneró pronto en un gran caos en el que no faltaron "escenas de pugilato" y "un herido de bala en las inmediaciones" (*La Voz*, 25/8/1983). En ese clima sumamente pesado, los herministas se harían pronto con el control de la reunión, mientras que los seguidores de Cafiero optaron por retirarse en masa (*Clarín*, 26/8/1983). Sin ninguna oposición, el congreso de La Plata refrendaría a Herminio Iglesias como jefe del partido provincial y lo ungiría como candidato a la gobernación. Ante la premura de los tiempos electorales, los barones del justicialismo convocaron una nueva cumbre en la sede del sindicato de Miguel para el 30 de agosto, que convalidó lo actuado en el congreso platense (*Clarín*, 1/9/1983).

El desenlace de la interna bonaerense, donde el ganador se llevó todo y apenas quedó nada para el sector perdedor, dejó varias conclusiones. Ante todo, describe al justicialismo como un partido escasamente institucionalizado. Que una figura violenta y sin mayores talentos que la lealtad, como Herminio Iglesias, hubiera alcanzado la cúspide en la provincia más importante del país no hablaba demasiado bien de los controles de la selección de elites en el partido. A su vez, la resolución de la lucha interna en Buenos Aires incorporó la última pieza para que encajara la cuestión nacional en el peronismo: pocos días después, a principios de septiembre, el Congreso nacional aprobaba de manera aplastante que la fórmula presidencial estuviera integrada por Luder y Bittel mientras que, manteniendo la presidencia simbólica para Isabel, Lorenzo Miguel oficializaría su peso ocupando la clave vicepresidencia primera (*Clarín*, 6/9/1983). El peronismo daba un barniz institucional a la consagración de la fórmula con esta votación en el Congreso, pero como hemos podido ver todo había sido pactado de antemano entre líderes con un innegable peso político, pero con menor legitimidad democrática.

De este modo, en la reorganización del partido de cara a las elecciones de 1983 se dio un escaso respeto por las normas institucionales previstas. Como trataremos de subrayar en las conclusiones, ello tuvo una repercusión en la posterior derrota electoral. El justicialismo no sólo comenzó esa carrera por la presidencia más tarde que su principal rival, Raúl Alfonsín, sino que lo hizo además dando una imagen de división y violencia interna que difícilmente podía resultar atractiva para una sociedad hastiada de años de represión y nulo respeto por los derechos humanos.

## 5. CONCLUSIONES

Los resultados de las elecciones de 1983 supusieron un duro golpe para la identidad del peronismo, un partido que se autoconcebía como el vehículo de las expresiones del pueblo argentino. A partir de entonces el justicialismo debió emprender un duro aprendizaje para comprender que solo representaba a una parcialidad que, además, podía cambiar de elección a elección. Sin embargo, pese a la sorpresa que supuso este resultado electoral, detenernos en el desarrollo de cómo el justicialismo se reordenó tras la muerte de Perón, su caótico último gobierno y, sobre todo, los siete años del *Proceso* nos ayuda a entender muchas de las razones de la derrota justicialista.

La difícil y dura interna peronista sustrajo energías que, de otra forma, podrían haber sido empleadas en idear una campaña más eficiente. En lo que podían estar de acuerdo todos los peronistas era en que las internas habían resultado extenuantes y que habían abierto heridas que, pese a todos los llamados a la unidad, no podían cicatrizar en apenas unas semanas.

El excesivo control por parte de los sindicatos fue también aprovechado por la Unión Cívica Radical (UCR) y por Alfonsín como un ejemplo del escaso apego por la democracia que se albergaba en el justicialismo. De hecho, esta sería la base para esa denuncia de un pacto militar-sindical, que explotaba el carácter hermético y tendiente a la violencia con la que tildaba al gremialismo ortodoxo de ese momento.

En una sociedad ávida por el retorno a las normas claras y al consenso, la reorganización del partido y la selección de candidaturas tuvo mucho más que ver con cumbres a puerta cerrada, con congresos donde primaron las amenazas y con el escaso respeto a lo dispuesto por la norma. Es cierto que el justicialismo nunca se había caracterizado por su alta rutinización e institucionalización, pero la ausencia de Perón y, por tanto, de la única voz legitimada por el conjunto del movimiento convertía antiguas prácticas informales en motivo de fuertes conflictos.

Como resultaba obvio, esa desorganización interna se vio reflejada en una campaña que mostró la desunión imperante y la falta de un principio rector que englobara a todos los protagonistas. En ese sentido, la figura de Herminio Iglesias, por su estilo violento a la hora de imponer su candidatura en Buenos Aires, sintetiza mejor que ninguna otra todos estos problemas que arrastraba el peronismo. Como muestra de ello, el

justicialismo no sólo será abatido en la provincia de Buenos Aires en la elección presidencial (donde se optaba por Ítalo Luder, de carácter más moderado), sino que sus números serán incluso peor en la elección de gobernador, bajando aproximadamente dos puntos porcentuales.

De esta manera, si bien resulta imposible obviar muchos elementos que habían cambiado en la sociedad argentina entre 1976 y 1983, el peso de los factores internos en el peronismo y de su desordenada reorganización tuvo mucho que ver para explicar la inédita derrota cosechada en 1983.

#### **REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**

- Abós, Á. (1984). *Las organizaciones sindicales y el poder militar (1976-1983)*. Buenos Aires: CEAL.
- Anzorena, O. (1988). *Tiempo de violencia y utopía. Del golpe de Onganía (1966) al golpe de Videla (1976)*. Buenos Aires: Contrapunto.
- Canelo, P. (2008). *El Proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone*. Buenos Aires: Prometeo.
- Cavarozzi, M. (1997). *Autoritarismo y democracia (1955-1966). La transición del Estado al mercado en la Argentina*. Buenos Aires: Ariel.
- Cordeu, M.; Mercado, S. y Sosa, N. (1985). *Peronismo. La mayoría perdida*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Doyon, L. M. y Torre, J. C. (1988). *La formación del sindicalismo peronista*. Buenos Aires: Legasa.
- Ferrari, M. (2009). Entre la reorganización y la derrota. El peronismo bonaerense en vísperas de las elecciones de 1983. *Estudios Sociales*, (37), 97-126.
- González Bombal, I. (1991). El diálogo político: la transición que no fue. *Documento CEDES*, (61).
- James, D. (1997). *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Levitsky, S. (2005). *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Mackinnon, M. (2002). *Los años formativos del Partido Peronista (1946-1950)*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Murmis, M. y Portantiero, J. C. (1972). *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Quiroga, H. (2004). *El tiempo del Proceso: conflictos y coincidencias entre políticos y militares, 1976-1983*. Rosario: Homo Sapiens.
- Somos Revista (15 agosto, 1982). El caso Dupont otra vez el miedo. *Somos Revista*, (317), s.p.
- Tcach, C. (1996). Partidos políticos y dictadura militar en Argentina (1976-1983). Dutrénit, S. (ed.). *Diversidad partidaria y dictaduras: Argentina, Brasil y Uruguay*. México DF: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Velázquez Ramírez, A. (2015): De la concertación a la Multipartidaria: el espacio político partidario en los albores de la transición a la democracia en Argentina (1980-1981). *Revista Contemporánea*, 1(7), s.p.